

dad militar, obligados al silencio bajo pena de la vida, no se acercarían á nosotros hasta el día siguiente de la victoria y para unirlos á nuestra causa sería preciso abrirnos paso hasta ellos por medio de la fuerza.

A la caída de la tarde celebróse un consejo de guerra para discutir el plan de ataque. Puebla, ciudad muy imperfectamente conocida, no estaba rodeada de una muralla continua; esto no obstante, había de ofrecer grandes dificultades á quien la asaltara. Entre sus calles, cortadas todas en ángulo recto, alzábanse islotes de casas construídas con muy sólidos materiales y fácilmente utilizables para la defensa; además la población estaba dominada al Nordeste, á una distancia de un kilómetro, por una colina, el *Cerro de Guadalupe*, coronada á su vez por un convento que el enemigo había fortificado y artillado, la cual colina se prolongaba hacia el Noroeste y terminaba en un pequeño fuerte llamado de *Loreto*. Mientras el consejo estaba deliberando, presentóse un mexicano que era, según decían, ingeniero y podía como tal suministrar útiles informes. Cuando estuvo en presencia del general en jefe, recomendóle que el ataque se diera por el Sur, pues por el lado del Cerro de Guadalupe la posición era demasiado formidable y los trabajos de defensa demasiado importantes para que un golpe de mano intentado por aquella parte pudiera tener éxito. Durante las guerras civiles, los sitiadores habían dirigido siempre sus esfuerzos contra el lado Sur y la experiencia había demostrado que aquel era el punto débil de la plaza. Además, los barrios meridionales de la ciudad distaban demasiado del Cerro de Guadalupe para que pudiera ser muy molesta la artillería allí instalada. A Lorencez, sin embargo, no le agradó aquel consejo, pues, ateniéndose á las reglas acostumbradas de la guerra, juzgaba poco razonable penetrar en la ciudad sin antes haberse apoderado previamente de la colina que la dominaba, y pensaba, por el contrario, que la toma de las alturas había de determinar forzosamente la rendición de la plaza. El cálculo era prudente, pero para que lo fuera del todo, hubiera sido preciso llevar la prudencia hasta el extremo, es decir, estudiar el terreno mediante fundamentales reconocimientos y en vez de precipitar el ataque prepararlo por medio de obras de aproche. La impaciencia del general, sin embargo, no consentía aplazamientos, aparte de que aquél no disponía del material ni de los recursos necesarios para un sitio y sólo estaba apercebido para un golpe de mano, y por esta razón se confió á su buena suerte y al valor de sus soldados que ya sabrían salir del paso. En un principio, había creído que no encontraría en Puebla ningún enemigo, esperanza que no tardó en desvanecerse; pero aun en este comienzo de desilusión no podía figurarse que aquel enemigo no fuese despreciable. Igual confianza animaba á los que rodeaban al general, así es que los oficiales y el Estado mayor se decían regocijados: «Mañana dormiremos en el palacio del obispo de Puebla (1).»

Al amanecer del día 5 levantóse el campamento, y á cosa de las nueve, al término de la carretera de Amozoc, distinguieron los expedicionarios á la izquierda los campanarios de la ciudad que se alzaban por encima

(1) Príncipe Bibesco, *Combats et retraite des six mille*, página 141.

de los jardines ó de los tejados, y á la derecha el Cerro de Guadalupe. Esta posición, vista de cerca, parecía formidable y, según expresión de un oficial, dominaba al parecer la ciudad como el monte Valeriano domina París. Por entre los matorrales aparecieron algunos tiradores enemigos que, después de haber disparado sus fusiles, se replegaron ante nuestras columnas. El general exploró é hizo explorar por su jefe de estado mayor aquellos lugares, completamente nuevos para él, y este examen, aun siendo rápido é incompleto, fué bastante para destruir las ilusiones: para llegar hasta la cumbre del Cerro, sería necesario escalar, bajo el fuego del enemigo, pendientes escarpadas y al descubierto, y en lo alto de la colina elevábase el convento convertido en fortaleza, con sus obras bastante sólidas y sus troneras llenas de cañones. Dando la vuelta al Cerro y atacándolo por detrás, por las alturas de Loreto, el acceso sería, según todas las probabilidades, más fácil, mas no disminuiría con ello el peligro, dada la necesidad de caminar mucho tiempo bajo el fuego de los sitiados. A pesar de tales peligros, el general afirmóse en el propósito de realizar un ataque directo contra el Cerro; tal vez conservaba todavía la obstinada esperanza de alguna diversión procedente del interior ó de algún pánico del enemigo. La artillería rompió el fuego contra las fortificaciones, pero á más de 2.000 metros, pues las condiciones topográficas no permitían avanzar más; al cabo de tres cuartos de hora, los disparos, aunque bien dirigidos, no habían producido ningún efecto á causa de la distancia. Lanzar á nuestras tropas por aquellas vertientes barridas por los proyectiles mexicanos; intentar el asalto de las murallas sin haber abierto en ellas la menor brecha, era la mayor de las temeridades; sin embargo, el general Lorencez, resuelto á forzar la fortuna, formó en columnas de ataque el batallón de zúavos y cuatro compañías de cazadores de á pie, y les señaló el convento de Guadalupe como la presa que debían conquistar. Todo cuanto pueden hacer soldados valientes, celosos de su deber militar y despreciadores de la muerte, lo hicieron aquellos asaltantes por el honor del ejército y el buen éxito de la jornada; en medio de la metralla vióseles escalar la cumbre del Cerro, bajar al foso, reaparecer al pie de las murallas, y encaramarse los más ágiles sobre los hombros de sus compañeros, mientras otros traían tablas con escalones fijados con clavos, único material de escalamiento que la premura del tiempo había permitido preparar. Zúavos y cazadores de á pie, animados de una emulación heroica, encarnizábanse en la empresa imposible y aquellos á quienes alcanzaban las balas eran inmediatamente reemplazados por otros no menos valientes. A costa de inauditos esfuerzos y gracias á una suerte increíble, lograron algunos llegar completamente indemnes á lo alto de la muralla, desde donde se dispusieron á invadir la fortaleza; pero de allí no pasó su fortuna y uno tras otro cayeron heridos por el plomo enemigo. Únicamente un corneta de cazadores llamado Roblet pudo aguantarse un momento en el parapeto, desde donde dió un toque de carga para animar á sus compañeros. El foso se llenó muy pronto de cadáveres, y los que atrás quedaban, aun los más intrépidos, vacilaron. Al mismo tiempo, fracasaba también un ataque intentado por otro batallón de zúavos contra la parte derecha del fuerte; en



BATALLA DEL CERRO DE GUADALUPE (cuadro de José Cusachs)



tanto que en la llanura la caballería mexicana probaba de arrollar á nuestra infantería. El general Lorencez, no queriendo todavía desesperar del éxito, mandó avanzar á sus marinos y á algunas compañías de zuavos que le quedaban; pero la naturaleza, más clemente que los hombres, apresuró el término del inútil y mortífero combate. En efecto, en lo más rudo de la pelea, habíase formado una nube que de repente se deshizo en torrentes de agua, y en un instante el terreno se empapó y las vertientes de la colina se pusieron tan resbaladizas que era imposible aventurarse en ellas. Sólo entonces ordenó el general la retirada, y los restos de las columnas asaltantes, perseguidos por los cañones de los victoriosos mexicanos, se reunieron en los repliegues que formaba el terreno al pie del cerro.

Por la noche, el pequeño ejército volvió á sus vivasques distantes unos tres kilómetros de la ciudad y situados á ambos lados de la carretera de Amozoc, y durante la misma los heridos llegaron á la ambulancia sin que los cirujanos pudieran atender á todos. Cerca de 500 hombres habían sido alcanzados por las balas enemigas, cifra muy elevada dado el escaso efectivo del cuerpo expedicionario. Dícese que entre los que rodeaban al general agitóse la idea de dar un nuevo ataque al día siguiente; pero Lorencez, escarmentado, aunque tardíamente, por la anterior experiencia, consideró que aquella tentativa sería demasiada temeridad y que un nuevo fracaso convertiría la derrota en desastre. Quedábale, empero, una esperanza al general en jefe, la de que los defensores de Puebla, envalentonados por el éxito, saldrían de la ciudad para completar su victoria y que ello le daría ocasión para tomar el desquite. Durante los días 6 y 7, Lorencez permaneció en sus acantonamientos, acechando esa coyuntura; pero Saragoza guardóse de incurrir en tamaña falta y se limitó á mandar á todos los ámbitos de la República fastuosos boletines exaltando «la victoria obtenida por los soldados del Anahuac sobre los primeros soldados del mundo.» El 8 comenzaron los franceses su movimiento retrógrado y desde aquel momento la única preocupación de Lorencez había de ser terminar en paz su retirada, librarse de las emboscadas del enemigo, conservar lo que quedaba de su ejército y esperar los refuerzos de Francia, sin dejar que sus tropas sufrieran menoscabo.

## VII

En Francia, el público había al principio mirado con indiferencia la cuestión mexicana, pues todo el mundo tenía puesto su pensamiento en cosas más próximas ó de un interés más inmediato, como las cuestiones de Italia y de Polonia y las libertades interiores; así es que la publicación del tratado de Londres despertó muy poca curiosidad. El emperador, al inaugurar la legislación, se dedicó á prevenir todo motivo de inquietud, manifestando, después de haber anunciado la expedición, que «aquel conflicto no podía engendrar nada que pudiera alterar la confianza en el porvenir.» Los hombres más perspicaces no dejaban de sentirse algo alarmados al ver el lenguaje que empleaban los diarios oficiales, atentos á desarrollar el tema de la regeneración de las razas latinas y á dar á entender que en el Nuevo Mundo podría fundarse un imperio; pero estas impre-

siones se quedaban en la superficie, sin penetrar en las masas. La cuestión de México fué planteada por vez primera en el Senado por el Sr. de Boissy y en el Cuerpo legislativo por el Sr. de Pierres: «Temo, dijo el primero, que permanezcamos en México á nuestra costa y en provecho de los demás (1).» «Tenemos, manifestó el segundo, en Italia una hermana menor no muy deferente para su hermana mayor y de la cual habríamos podido prescindir perfectamente, y no obstante esto, ¿no vamos á México á emancipar á otro hermanito? ¿Y China? ¿Y Siria? ¿Cuándo tendrá fin nuestra familia (2)?» Los Sres. de Boissy y de Pierres malgastaban á menudo mucha sabiduría por la exclusiva preocupación de hacer alarde de su ingenio; así es que al oír las predicciones de esos dos hombres á quienes se consideraba como los bufones del Parlamento, los senadores y diputados se echaron á reír, lo cual dispensó al gobierno de contestarles. Pocos días después inicióse un nuevo debate en el Palacio Borbón, pero careció de amplitud y resultó algo abreviado. A todo esto tuvo conocimiento del convenio de la Soledad, hecho tan extraordinario que causó general sorpresa; luego se recibieron noticias de los disentimientos de las tres potencias que, habiendo ido á México para restablecer la armonía en aquel país, no habían sabido ponerse entre sí de acuerdo. Los ingleses regresaban y los españoles también, y nosotros nos quedaríamos solos en aquellas lejanas tierras. Esta idea comenzó á preocupar á la gente, y el lenguaje de nuestros aliados de la víspera no era á propósito para tranquilizarnos, pues nos deseaban buena suerte, pero en tono singularmente irónico: «En México, decía el *Times*, Francia puede hacer mucho bien, con pocas probabilidades de perjudicar á nadie más que á sí misma (3).» Entonces la prensa oficiosa procuró disipar las primeras alarmas: «Nuestras tropas, decía *La Patrie*, avanzan triunfalmente al través de México; Puebla se ha declarado por nosotros y con un poco más estaremos en la capital (4).» En los días siguientes los mismos periódicos oficiosos guardaron absoluto silencio, y tanta discreción despertó primeramente asombro y después temor; el 15 *El Monitor* se decidió á hablar para decir que aún no estábamos en México, ni siquiera en Puebla, ó más bien que habíamos tratado de entrar en esta última y habíamos sido derrotados.

Grande fué la impresión que esto produjo y que aumentó por la circunstancia de no recibirse en seguida el parte del general Lorencez. ¿A qué era debido este retraso? ¿Estarían cortadas las comunicaciones entre las tropas francesas y Veracruz? La *Independence belge* anunció una nueva derrota; en cambio la prensa inglesa, benévola contra su costumbre, negó la gravedad del hecho, que se reducía, según ella, á una simple escaramuza. Al fin llegó el parte que confirmaba el fracaso.

Lo esencial era reparar el golpe sufrido. El Cuerpo legislativo votó silenciosamente los primeros créditos de la expedición ampliada; pero después de haber atendido de este modo á las necesidades urgentes del ejército, los diputados creyeron que era su deber discutir ó á lo menos dejar que se discutiera aquel grave asunto,

(1) Sesión de 27 de febrero de 1862.

(2) Sesión de 7 de marzo de 1862.

(3) *Times* del 21 de mayo de 1862.(4) *Patrie* del 1.º de junio de 1862.